



Camilo José Cela: genio, figura y el mundo por montera

Camilo José Cela: Genius and character that took the world by storm

■ Santiago Prieto*

Resumen

Ególatra, soberbio, procaz, mujeriego, bárbaro, provocador, rijoso, glotón, pedante, transgresor, reiterativo, escandalizador, ansioso de lujos y honores...; y, a la vez, trabajador, independiente, osado, impredecible, inclasificable, brillante, vital, sensible, inquieto, andarín, iconoclasta, observador, creador de un estilo, crítico lúcido, comprensivo con las debilidades, escritor con todo el diccionario, quizá sentimental, autor de una obra inmensa... y genial. Todo ello es aplicable a Camilo José Cela (1916-2002). En estas páginas se hilvanan algunos datos de la vida y la obra del autor que, con Galdós, Valle Inclán, Baroja y Delibes, habita en las cumbres de la narrativa española contemporánea.

Palabras clave

Camilo José Cela. La familia de Pascual Duarte. Viaje a la Alcarria. La colmena. San Camilo, 1936. Mazurca para dos muertos. Premio Nobel. Madera de boj.

Abstract

Egotistical, arrogant, insolent, womanizer, barbarian, provocative, lustful, greedy, pompous, transgressor, repetitive, scandalizer, greedy for luxuries and honors; and, at the same time, worker, independent, daring, unpredictable, unclassifiable, brilliant, vital, sensitive, restless, iconoclast, observer, creator of a style, lucid critic, sympathetic to the weaknesses, a writer who used the entire dictionary, perhaps sentimental, author of a vast and brilliant work. All this applies to Camilo José Cela (1916-2002). In these pages some information is given about the life and work of the author who —with Galdós, Valle Inclán, Baroja and Delibes— conquered the heights of contemporary Spanish narrative.

* El autor es médico. Hay una versión electrónica de este texto en: www.fundacionpfizer.org y www.dendramedica.es.

Key words

Camilo José Cela. La familia de Pascual Duarte. Viaje a la Alcarria. La colmena. San Camilo, 1936. Mazurca para dos muertos. Nobel Prize. Madera de boj.

1. Galicia al principio

En la confluencia del Sar y el Ulla, a 25 kilómetros de Santiago de Compostela, provincia de La Coruña, se encuentra Iria Flavia, la aldea del Ayuntamiento de Padrón que en 1885 vio morir a Rosalía Castro. Allí, en el seno de una familia sólida y acomodada, nació el 11 de mayo de 1916 Camilo José Manuel Juan Ramón Francisco de Jerónimo Cela Trulock.

El neonato, de frágil salud, tuvo un curioso árbol genealógico. Sus abuelos maternos fueron John Trulock, un inglés con piratas de los mares entre sus antepasados, y su esposa, Josefiana Catalina (Nina) Aida Bertorini. El padre de ésta había tenido que salir de Parma por razones políticas y era gerente del Ferrocarril Compostelano de la Infanta Doña Isabel, que iba desde Cornes (en las proximidades de Santiago) al puerto de Carril. John Trulock sucedió a su suegro en la gerencia de ese ferrocarril, que más tarde se denominó *The West Railway Galicia Company Ltd*, por la compañía inglesa que pasó a explotar el transporte por tren desde Santiago hasta Pontevedra.

John y Nina residieron en Iria Flavia en una notable casa de dos plantas al lado del paso a nivel y la cuarta de sus siete hijos, Camila Emmanuela Trulock Bertorini (1895-1975), matrimonió en 1915 con el pontevedrés Camilo Crisanto Cela Fernández (1881-1959), del Cuerpo Técnico de Aduanas. De esa unión nació Camilo José, en el que confluyeron sangres inglesa, italiana y española.

De la familia de su padre, Cela escribirá en su primer libro de memorias (*La Rosa*, 1959) que poseía «cierto lustre y antigüedad en la historia de Galicia» y en la que figuraban un mariscal y hasta un beato.

Además de Camilo José, el primogénito, y Santos (nacido muerto en 1918), el matrimonio Camilo y Camila Emmanuela tuvo otros seis hijos: Teresa María (Barcelona, 1920-Iria Flavia, 1922), Juan Carlos (Vigo, 1922; alférez de navío de la Armada y fundador en 1964 de Ediciones Alfaguara con sus hermanos Camilo José y Jorge), María Ramona (Vigo, 1923), Ana (Madrid, 1928; filóloga y jugadora de la Selección Española de baloncesto), Rafael Antonio (Madrid, 1926-1969), José Luis (Madrid, 1930-2011) y Jorge Miguel (Madrid, 1932).

La infancia de Camilo José, Cela a partir de ahora, transcurrió en función de los destinos de su padre (Almería, Barcelona, Vigo, Madrid), junto con breve paso por Londres y de ella escribió con detalle en *La Rosa*; en particular, de su estancia en Iria, donde sufrió dos caídas graves: la primera, con tres años, por las escaleras de su casa, permaneciendo en coma varios días, y otra, con siete, desde el balcón del segundo piso: «Mi vuelo aquel día terminó sobre un arbusto de hortensias que me libró, sin duda, de matarme contra el suelo... me pegué un golpe que me dejó sin sentido.



Figura 1.—Iglesia de Santa María de Iria Flavia (Padrón, La Coruña) con su necrópolis (lateral derecho) (José Antonio Gil Martínez, Creative Commons, cortesía de Wikipedia).

Nadie me vio... Mi madre tenía veinticuatro años y se le habían muerto dos de sus tres hijos... Cuando me desperté, la boca me sabía a tierra y a sangre... El gusto por la leche es el único que me ha acompañado siempre y aun en las épocas en las que me bebía una botella de coñac diaria —a mis treinta y cinco y treinta y seis años— siempre acababa el día, mejor dicho, la noche, con un vaso de leche... Mi salud era un tanto precaria y mis padres y mi abuela inglesa —o italiana, según se mire— me mimaban y consentían a conciencia... Lloraba sin causa conocida —ni aun por mí— y tenía un carácter atrabiliario, fantasioso, despótico y tierno. Me sentía el ombligo del mundo... Tenía buena memoria y muy escasa voluntad. Era holgazán y poco amigo de estudiar. Tardé bastante en aprender a leer y escribir...».

En Vigo fue expulsado de dos colegios: el de las monjas de *Saint Joseph de Cluny*, a los cinco años, por morder a una monja durante una pataleta, y el de los jesuitas («... porque una mañana les solté los cerdos de una granja, que se echaron al monte como si fueran cabras. El espectáculo de los jesuitas con las sotanas remangadas, corriendo tras los cerdos que huían como almas en pena, no era nada sosegador...»). Como escribirá, en ese colegio, en el que estuvo mediopensionista y del que, a pesar de todo, guardó buen recuerdo, empezó «a darse cuenta de que eso del entendimiento al uso y abuso

del cristianismo era una falacia, porque los becarios entraban por otra puerta, vestían de diferente manera que nosotros y nos servían la mesa. ¿En qué se iba a notar, si no, en que eran pobres y que comían y estudiaban por caridad?... Este cariz entre administrativo y cruel que ha ido adquiriendo el cristianismo nunca me gustó demasiado...»

Otro hecho de esa época que ayuda a entender al futuro escritor fue el haber conocido a los siete años al poeta Antonio Noriega Varela (1869-1947), acogido por sus padres. Aquel maestro de escuela «era tan gran poeta y tan buena persona como teatral y ditirámico... A mí, aunque entonces no entendía el gallego, me gustaba, por su pura musicalidad, oír a Noriega Varela, que era un conversador infatigable. De él guardo un recuerdo respetuoso y lleno de admiración... A punto de agonizar, recomendó a su mujer que, para cualquier apuro o cualquier duda, recurriese a don Camilo, *meu benfeitoso irmán*. Es bello saberse hijo de alguien a quien los poetas recuerdan al morir». ¿Cabe mejor elogio de un padre?

2. Madrid

Su padre, hombre introvertido, escéptico y lector de Schopenhauer y Nietzsche, fue destinado a Madrid en 1925 y la familia hubo de cambiar varias veces de casa en función de la necesidad de más habitaciones a medida que iban naciendo los hijos.

Su primer domicilio fue en la calle de Alcántara, en una casa cuyos balcones daban a la calle de Ayala, lugar de paso de los entierros que iban al cementerio de la Almudena, lo que «... restaba emoción e intriga porque los chalecitos de las casas de putas quedaban por la calle de Alcántara, esta característica topográfica tardé más de un año en descubrirla», según precisó en su segundo libro de memorias (*Memorias, entendimientos y voluntades*, 1993).

Acudió al colegio de los escolapios de la calle General Díaz Porlier, también en el barrio de Salamanca, donde se preparó para el ingreso en el bachillerato y del que no guardó buen recuerdo: «...los escolapios eran mucho más déspotas y cerriles que los jesuitas, ¡dónde va a parar!, e incluso que los maristas; los escolapios eran como arrieros a los que amansaba un poco la cursilería».

De ese colegio también fue expulsado «por indócil... El P. Cirilo, que lo más probable es que fuera maricón porque se pasaba el tiempo palpando a los niños gorditos, yo libraba porque era un puro hueso escuálido, me preguntó cuál era el cuadrado de nueve y yo, que no me había dado cuenta que ya no estábamos en geografía sino en matemáticas, le dije río Duero y, claro es, no acerté. Entonces el P. Cirilo me tiró un libro, y no me dio y yo le tiré un compás y sí le di... El director me echó un discurso hermético, tirando a cursi cuando me echaron a la calle... a mi juicio ese buscado léxico de los curas, quizá fuera mejor decir relamido y hortera, hace no poco daño a la religión católica...».

De la calle de Alcántara fueron a vivir al número 85 de la de Velázquez y Cela pasó al colegio de los maristas en la calle del Cisne, actualmente de Eduardo Dato,

en Chamberí. Pasó el bachillerado sin pena ni gloria y en más de una ocasión aprobó gracias a la ayuda del presbítero y catedrático de latín Enrique Barrigón, gallego y correligionario de su padre en el partido liberal conservador. Cómo no recordar el diálogo con su benefactor en el examen de latín al no ser capaz de traducir ni una línea de La guerra de las Galias: «—Don Enrique, yo soy el hijo de don Camilo. —¡Coño! ¡Haber empezado por ahí!».

Curiosamente, el futuro premio Nobel de Literatura nunca estudió gramática porque le afectó un cambio de plan en mitad del bachillerato.

A pesar de su condición de adolescente fino y malcriado, Cela hizo buenos amigos entre sus compañeros de fatigas y transgresiones y a ellos se referirá con afecto en sus memorias («los hermanos Ardid, Menéndez, Bergareche, Prada, 'el Mata', 'el Juaneca', que jugaba muy bien al fútbol, tiraba muy bien con honda y era el jefe natural de nuestra cuadrilla...»).

En su línea, de aquellos años de adolescencia también escribirá: «Con las dos criadas de entonces también hacía las cochinas, mejor fuera llamarlas semicochinas porque no pasaban de restriegos o tocamientos o revolcones; la verdad es que yo tuve una iniciación sexual muy paulatina y cuerda y quizá ésa sea la causa de que jamás haya tenido contrariedades amorosas. A mí siempre me han parecido unos gilipollas esos poetas líricos que se la cogen con un papel de fumar y arrastran toda la vida el trauma que les produjo una tía suya que les enseñaba las tetas, etc.».

Quizá por coherencia también fue centrifugado del colegio de los maristas: «los Estudiantes Católicos se inscribieron en la regata de traineras que iba a correrse en el estanque del Retiro... pedí permiso al hermano Bruno para que nos dejara ir a animarlos: me dijo que no y yo entonces medio le vacié el colegio al día siguiente. La verdad es que me resultó bastante más fácil de lo que pensaba. Mi expulsión fue fulminante...».

En 1930, su familia fue a vivir a la calle de Lista y al año siguiente, al sufrir su hermana Maruxa «una pleuritis», a Chamartín, entonces en las afueras de Madrid.

En ese 1931, año de la proclamación de la Segunda República, Cela, se preparaba para el ingreso en Aduanas en la academia que tenía su padre en la calle de Fernanflor, detrás del actual museo Thyssen. Y en 1932, al nacer su último hermano, Jorge, la familia se trasladó a la calle de Claudio Coello, otra vez en el barrio de Salamanca. Según precisará más tarde, allí escribió sus «primeros versos y primeras prosas».

3. Amoríos y tuberculosis

Como contó sin recato, Cela fue precoz en las lides amorosas y tuvo varias novias consecutivas o simultáneas. Así, por entonces salía a la vez con dos hermanas rijosillas y tuberculosas que probablemente le contagiaron la enfermedad («yo creo que me dieron el último empujón») y le llevaron a ingresar en 1932 en el Real Sanatorio del Guadarrama, en Cercedilla, uno de los sanatorios específicos que había en la

Sierra de Madrid. («Nieves y Encarnita se murieron las dos durante la guerra, se conoce que no pudieron resistir el hambre y las privaciones... me apena, e incluso me da muy molestos remordimientos de conciencia, la idea de que a lo mejor yo libré porque mis padres pudieron gastarse algún dinero en sobrealimentarme, en llevarme a buenos médicos, en comprarme medicinas caras y en meterme en un sanatorio de la Sierra...»).

Allí le practicaron varios neumotórax y estuvo ingresado dos meses. Ocupó el obli-gado reposo leyendo las obras de Ortega, Baroja, Valle-Inclán, Stendhal, Dostoievski y Dickens, y la colección completa de la «Biblioteca de Autores Españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días», la magnífica recopilación publicada entre 1846 y 1880 por Manuel y su hijo Adolfo Rivadeneyra. Los leyó de cabo a rabo, desde el primer tomo (*Cervantes*) hasta el setenta y uno (*Crónicas de los Reyes de España desde Don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos Don Fernando y Doña Isabel*).

Esa reclusión fue una dura experiencia para un adolescente y así escribirá en *La Rosa*: «Nuestro joven, en sus prolongados reposos, lee... El tomo setenta y uno —el de los índices— le servía para ir marcándose la diaria labor; no se salta ni una página... cuando se da cuenta de que lee distraídamente, vuelve atrás. Cada volumen cumpli-do lo entiende como un triunfo... lo que hay que hacer es curarse... La lectura de Ortega moviliza y aclara al joven confundido por Nietzsche y desmoralizado por los escolapios y los maristas... Se cura y vuelve a la vida con mentalidad de triunfador... No soy un enfermo y en cambio, sí soy un hombre que ha leído más, mucho más y mejor que los demás hombres de su edad».

De vuelta a su casa fue tratado por Carlos Díaz Fernández, prestigioso tisiólogo y cu-ñado de María Zambrano (1904-1991), vía por la que más tarde accedió a su tertulia.

Cultivó la pintura, leyó, acabó el bachillerato y pretendió estudiar filosofía y letras, pero su padre le disuadió con el razonamiento habitual de los progenitores: «por lo menos hazte abogado». No le convenció, pero evitó «acabar en funcionario público para poder erigirme en árbitro de vidas, haciendas y conciencias, cosa que no me interesaba lo más mínimo...»

De rebote, se matriculó en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense. En el primer curso sólo aprobó Física y se marchó «porque le daba un asco horrible».

En el verano de 1934, mientras veraneaba con su familia en Las Rozas, ocurrió un hecho fortuito que repercutió positivamente en él. Una noche, mientras dormían, se incendió su casa, próxima a la estación; pero el matrimonio, sus siete hijos y las criadas, pudieron salir sin daño gracias a que fueron despertados a tiempo por unos ferroviarios. La casa se vino abajo y fueron acogidos a media noche por los padres de Lolita Franco —1912-1977— (discípula y futura esposa de Julián Marías, 1914-2005), que veraneaban al lado. De aquella entonces joven de 22 años, escribirá: «fue una mujer excepcional, inteligente, culta y sensible, con la cabeza clara y el sentimiento noble y sereno; le debo mucho y me honro en proclamarlo en voz alta y sin reservas». No en vano, Lolita Franco, cuatro años mayor, estudiante de filosofía, leyó sus primeros poemas, le escuchó y asesoró.

Tras dejar Medicina acudió sin interés a la academia de su padre para preparar el ingreso en el Cuerpo Pericial de Aduanas. Sin embargo, fue a la Facultad de Filosofía para asistir a su aire a las clases de Literatura Contemporánea que daba Pedro Salinas (1891-1951), de Literatura del Siglo de Oro de José Fernández Montesinos (1897-1972), de Historia de la Filosofía de Xavier Zubiri (1898-1983), de Filología Románica de Ramón Menéndez Pidal (1869-1968) y de Historia de la Lengua, que daba Américo Castro (1885-1972). También fue con asiduidad a la tertulia de María Zambrano, donde conoció a Miguel Hernández —1910-1942— («como sobre todos los hombres al borde del mito, se dijeron y se siguen diciendo muchas necedades... sobre gran poeta, fue un mozo espléndido, saludable, cachondo, con muchas lecturas y muchas ganas de vivir...».)

En los dos años previos a la Guerra Civil, Cela cultivó las amistades de literatos como Luis Rosales, Alonso Zamora Vicente, Darío Fernández Flórez y siempre reconoció que: «A mí me empujaron y me ayudaron mucho Lolita Franco, María Zambrano y Pedro Salinas, que me recibió un día en su despacho de la calle de Medinaceli y estuvo muy cordial y generoso conmigo». Así, Luis Enrique Délano, secretario del Consulado de Chile en Madrid, le presentó en 1938 a Gabriela Mistral (1889-1957), «que llevaba dentro una gran poetisa pero que por fuera era una india gorda y malhumorada» y a Pablo Neruda (1904-1973; «que era un torrente de poesía desbordante y de humanidad; no está nada mal que Chile nos haya mandado dos cónsules seguidos que habían de ganar el Nobel...»). Precisamente, gracias a Délano publicó en 1935, en *El Argentino*, diario porteño, su primer artículo (*Autopresentación*) y dos poemas: *Poema núm. 35* y *Sólo viven los sueños*.

4. 1936-1939

Al estallar la Guerra Civil («aquél disparate histórico que nos bañó en sangre y en mierda y del que nunca nos arrepentiremos ni nos avergonzaremos bastante») Cela, declarado inútil total para el servicio militar por la tuberculosis, trabajaba como dibujante de mapas en la Junta de Compras del Ministerio de la Guerra. Tenía por entonces una novia, Tránsito Vargas, Toisha en su obra, cuyo cuerpo destrozó un obús en la calle del Pez una tarde en que iba a su encuentro: «...recogí del suelo un ojo de Toisha, estaba bastante lejos, lo envolví en un pañuelo y me lo guardé en el bolsillo...». A ella dedicó el poema *T.V.* en *Pisando la dudosa luz del día*, el libro de poesía que escribió ese año y que hubo de esperar hasta 1945 para publicarse: «Ahora que ya tus ojos son como sal, y fértil/ Tu inmensa boca es un volcán difunto... / Ahora que tus axilas pueblan de olor el mundo / Donde yo con mi piel de viudo te presento...».

Tenía veinte años, veía las privaciones que había en su casa y palpaba el ambiente que se respiraba en Madrid con la inseguridad, la vesania y el miedo como denominadores comunes. Así, supo que Fernando García Vela, secretario de la Revista de Occidente, el amigo de su padre que le había facilitado las obras de Ortega cuando estuvo en el



Figura 2.—Camilo José Cela en la Miami Book Fair International, 1994 (MDCarchives, Creative Commons, cortesía de Wikipedia).

sanatorio, era perseguido y tuvo que huir de Madrid; lo mismo que debieron hacer Maraón, Menéndez Pidal, Blas Cabrera o Azorín. «En casa de mis padres hubo treinta y tres registros, en que no encontraron nada porque tampoco lo había... En la calle de Claudio Coello empezaron las sacas, empezaron a diezmar a los hombres...».

En consecuencia, decidió pasar a la zona nacional y en marzo de 1937 hizo un primer intento. En compañía de una familia de gitanos llegó a Valencia en una camioneta, pero una vez allí no pudo embarcarse y hubo de regresar a la capital.

Le salió mejor en el segundo. Con un salvoconducto firmado por Indalecio Prieto (1883-1962), amigo de su padre, pudo salir el 1 de octubre hacia Valencia en un coche de la Embajada Británica. En el Grao se embarcó en un carguero inglés hacia Marsella, a donde llegó sin problemas. Desde allí fue a Hendaya e inmediatamente a Irún: «Yo había establecido contacto con mi familia de Galicia, con mi abuela y mis tíos, y me mandaron los avales que me libraron del campo de concentración, y algún dinero por giro telegráfico...».

5. Heridas de guerra. La Vecilla. Torremejía. Burriana

Fue destinado a un regimiento de infantería acuartelado en Logroño y pronto fue enviado al frente de la sierra de Alcubierre, en los Monegros. A finales de octubre fue herido de gravedad: «...sentí un golpe seco en la nuca y me quedé sin conocimiento, la metralla de una granada de piña se me clavó en el pecho... después me fui despertando... me dio un vómito de sangre, eché sangre por la boca, no mucha...».

Fue evacuado a la Escuela de Artes y Oficios de Logroño, convertida en hospital militar. Un mes después, el 21 de noviembre del 37, con 62 kilos para 180 centímetros, e «inútil para todo servicio por tuberculosis», salió del hospital.

Como Madrid seguía siendo zona republicana, intentó ir a Galicia con su familia, algo difícil dado el estado de las comunicaciones. Así que, agotado tras varios días de viaje en tren, al llegar a León decidió quedarse y recurrir a su tío Pío. Éste, hermano menor de su padre e ingeniero de caminos, junto con su mujer y sus hijas, le acogieron con afecto. Aseado y desinsectado le vistieron con ropa nueva y le llevaron a la consulta de un médico amigo. Éste, tras reconocerle y hacerle una radiografía, afirmó: «tísico sí que está, pero sobre todo hambriento». Ante ese diagnóstico, su tío le instaló a gastos pagados en una pensión de La Vecilla, frío pueblo a 38 kilómetros al noreste de León.

Y se recuperó, ¡vaya si se recuperó!, en gran medida gracias a la generosa alimentación que siguió. Como precisó en sus *Memorias* (pág. 205): «Desayunaba tres huevos fritos con panceta, morcilla o chorizo, según los días o a elegir, un plato sopero de papas de harina de maíz con un dedo de azúcar encima, dos tazones de café con leche también con mucho azúcar, uno mojando tostadas de pan de mollete con mantequilla y otro secándolo con quince o veinte galletas de María Artiach, y dos manzanas y dos plátanos. Almorzaba un plato de sopa de fideos o de macarrones

muy espesa, una sopa substanciosa y como está mandado, otro plato de lentejas con arroz y generosos tropezones de jamón, oreja, morro y torreznos, o de fabada, y dos libras, no creo que le faltase mucho, de carne roja y sangrante con una sopera de patatas cocidas sobre la que dejaban caer una rumbosa y liberal pella de mantequilla, lo acompañaba todo con una hogaza de pan candeal que comía casi entera y dos vasos de vino tinto del Bierzo pero en vaso de agua, que cabe más; siempre me daban postre de cocina... Merendaba... y cenaba... cuando me iba a dormir, me acordaba de mis padres y mis hermanos pasando hambre en Madrid y me remordía un poco la conciencia...».

A principios de febrero del 38, ya repuesto, partió hacia La Coruña, donde vivió en la casa de su tía materna María, casada con Eduardo Rodríguez-Losada, arquitecto y compositor de mérito. En la ciudad de María Pita pasó diez meses muy buenos; un tiempo en el que hizo amigos, cultivó los vicios supra e infradiafragmáticos y tuvo dos novias («no al tiempo sino una detrás de otra»).

Por entonces hizo dos cosas incomprensibles, incluso para sus veintiún años. En primer lugar, en marzo escribió una carta al «Comisario General de Investigación y Vigilancia» solicitando el ingreso en ese Cuerpo y su traslado a Madrid, ofreciéndose para «prestar datos sobre personas y conductas... por creer conocer la actuación de determinados individuos...». Y la segunda, en noviembre solicitó pasar ante el Tribunal Médico Militar para que le dieran como apto para el servicio de armas «porque no quería seguir tísico en los papeles». No fue admitido para el feo cometido de delator, pero sí se revocó su inaptitud militar y a primeros de diciembre fue destinado al Regimiento de Artillería Ligera, en La Coruña.

Su regimiento fue destinado a Extremadura, donde llegó en enero del 39. Participó en varias operaciones, como en el duro frente de Valsequillo. Fue habilitado para cabo y permaneció tres semanas descansando en Torremejía, «aquel acogedor confín de la llanura extremeña» donde hizo nacer a su gran personaje literario: Pascual Duarte.

Asegurada la situación en Extremadura y Andalucía, su regimiento fue enviado a Burriana, donde vio cómo, al caer Valencia el 30 de marzo del 39, «no cesó de presentarse en nuestras líneas una untuosa y mansa y dramática e interminable turbamulta de derrotados con la helada sonrisa de la súplica pintándoseles en la cara... parecía una inmensa procesión en muy solemne silencio, un desfile de cadáveres representando con demasiada seriedad su papel, cualquiera podría pensar que nosotros los nacionales estábamos radiantes y vociferantes, pues no: estábamos también acojonados y también en silencio... El general Aranda, con muy buen criterio, ordenó soltarlos una vez desarmados y que cada cual se fuera a su pueblo... el hambre, la piojera y el tifus en un campo de concentración improvisado y sin estructura logística es algo capaz de arrasar cualquier situación, esto es lo que hicieron los franceses con los españoles en derrota que cruzaban la frontera, Antonio Machado entre otros...».

Tras dos días de viaje desde Burriana, Cella, a punto de cumplir 23 años, llegó a su casa de Claudio Coello el 2 de abril: «... subí las escaleras de dos en dos y llamé a la puerta; me abrió el ama, que empezó a llorar y a dar gritos; abracé a mis padres, que

estaban esqueléticos y radiantes, y a mis hermanos, que habían crecido mucho. Por encima de todos había pasado la galerna pero todos estábamos vivos...».

La Guerra Civil española acabó oficialmente el 1º de abril de 1939.

6. La posguerra

Sus padres y hermanos fueron a Galicia unos meses para recuperarse del hambre y Cela se matriculó en Derecho en la Universidad Complutense. Aprobó el primer curso y parte del segundo. No se aprovechó de los llamados «exámenes patrióticos», por los que algunos obtuvieron el título sólo por presentarse con uniforme militar. Malvivía con lo que le pagaban como escribiente en el Sindicato Nacional Textil y como «censor interino de revistas» en la Delegación Nacional de Prensa (sin excesiva aplicación), algo que, como su previo ofrecimiento como delator, le recordaron con frecuencia sus enemigos.

Lo que sí hizo, a instancias de Lolita Franco, fueron gestiones ante el «juez de Delitos de Prensa» en favor de don Julián Marías («uno de los hombres más gratuitamente maltratado por el régimen de Franco»), denunciado por un «amigo» y encarcelado sin motivo.

Fueron unos años malos: «Es posible que los años 1940, 41 y 42 hayan sido los más amargos de mi vida...» Pero aguantó el tirón y en 1940 publicó su primer artículo (*Fotografías de la Condesa de Pardo Bazán*) en *Y*, (por Ysabel la Católica) revista de la Sección Femenina de Falange Española.

También en ese año dio una conferencia sobre *Universidad e Imperio* en la Universidad de Alcalá de Henares a la que asistió el general Millán Astray (1879-1954). Debió ser algo un tanto surrealista porque, al citar Cela al «manco de Lepanto», el culto y mutilado fundador de la Legión Española gritó ¡Viva España! El conferenciante se animó y pasó a hermanar a ambos hombres por «haber perdido un brazo en defensa de la patria» y a decir que «los héroes eran propiedad de la patria y de la historia», a lo que Millán Astray le interrumpió con un «¡Poeta no me abrumes!» Al parecer, el acto académico se descontroló y tomó unos derroteros que hicieron salir por piernas a alguno de los asistentes. Aquel día, el escritor y el general se hicieron amigos.

A finales de 1941 estaba enfermo. Se vino abajo, hasta el punto de pensar en suicidarse en la noche del 31 de diciembre: «... de madrugada me levanté, monté una parabellum grande que guardaba en el armario debajo de las camisas y me volví a meter en la cama con el arma amartillada, la culata estaba fría pero se calentó pronto, yo tenía décimas siempre...» Precisó nuevas sesiones de neumotórax, esta vez en el Sanatorio de Hoyo de Manzanares, también en la Sierra de Madrid. Y precisamente allí conoció a Felisa Aldecoa, hermana de Rafael que resultó clave para él.

Ese año publicó sus primeros cuentos en la revista *Medina*, también de la Sección Femenina, que recopiló en el libro *Esas nubes que pasan*.

Cela escribió su primera y crucial novela, *La familia de Pascual Duarte*, entre 1940 y 1942, a ratos perdidos, en la oficina del Sindicato Nacional Textil. Pidió a Baroja que se

la prologara, pero éste, tras leerla, le espetó: «Si usted quiere que lo lleven a la cárcel vaya solo, que para eso es joven. Yo no le prologo el libro».

La novela fue rechazada por tres editoriales hasta que se acordó de Felisa Aldecoa, su camarada de tisis, y se la dejó a su hermano, que dirigía la editorial de su nombre. La leyó y se entrevistaron en un hotel de la Gran Vía: «—No lo pienses más. Yo te la edito».

Sorprendentemente, pasó la censura y así, la primera edición de una de las novelas españolas esenciales fue impresa en diciembre de 1942 en la Imprenta de Rafael Aldecoa, en Burgos, calle de Diego de Siloe nº 20. La novela de un mozo de veintiséis años que empieza con el conmovedor: «Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo. Los mismos cueros tenemos todos los mortales al nacer y, sin embargo, cuando vamos creciendo, el destino se complace en variarnos como si fuésemos de cera y en destinarnos por sendas diferentes al mismo fin: la muerte». Una obra con un pobre desgraciado como protagonista, «con hirsutos pelos de dehesa y crueles señales marcadas a fuego, con sus truncados afanes mínimos, sus muy débiles y huidizas ilusiones y sus suficientemente amargas y mantenidas y zurradoras desventuras...».

Su segunda edición, 1943, fue secuestrada por la censura y hasta 1946 no volvió a ser autorizada. Ese año dedicó la cuarta edición «a mis enemigos, que tanto me han ayudado en mi carrera».

Por cierto, Baroja, en una entrevista publicada en *El Español* el 2 de enero del 43, dijo: «Después de la guerra he leído poco. Sin embargo, conozco una novela, muy buena, de Camilo José Cela. Se titula *La familia de Pascual Duarte*». Una novela que fue un aldabonazo literario, que va por más de doscientas ediciones y se ha traducido a más de 30 lenguas, desde el hindi al latín, pasando por el hebreo, el lituano y el marathi.

Pero, a pesar del éxito, su peculio lo notó poco y se mantuvo gracias a la ayuda de Juan Aparicio, fundador en 1941 de la Escuela Oficial de Periodismo, que le facilitó colaboraciones en *Arriba*, *El Español* o *La Estafeta Literaria*.

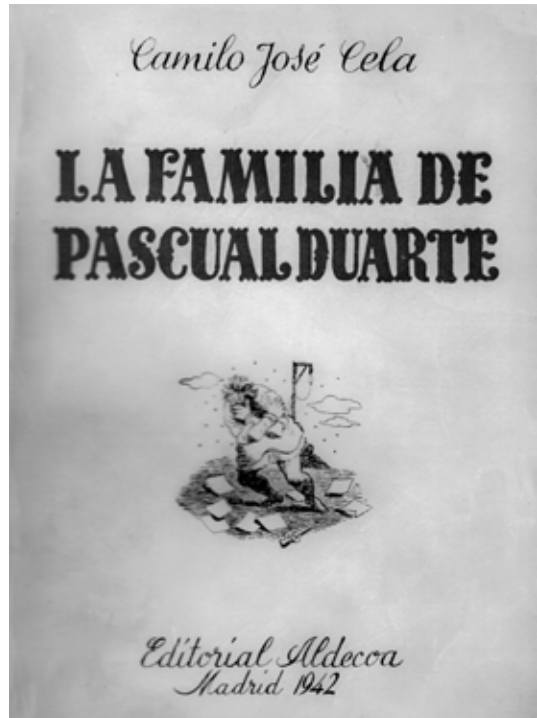


Figura 3.—Portada de «La familia de Pascual Duarte» (editorial Aldecoa, 1942).

Así, por entregas, entre marzo y agosto de 1943, sacó, en *El Español*, *Pabellón de reposo*. Basada en su paso por sanatorios para tuberculosos y tal vez influido por «La montaña mágica» (1924) de Thomas Mann (1875-1955) cuya primera traducción al español data de 1934, *Pabellón...* vio la luz cuando aún no se disponía de fármacos para el tratamiento de la tisis. (La estreptomocina, el primero de ellos, fue aislada precisamente a finales del 43.)

Construida en dos partes de siete capítulos separadas por un Intermedio, quizá, más que novela, sea un inclemente poema en prosa («Cuando el ganado se va, escapando de la sequía que ya empieza a agostar los campos y a hacer duros los pastizales... La carretilla marchaba por el sendero, entre los pinos, bordeando el barranco...»), en el que los personajes se describen sólo por la inicial de su nombre («Un apretón de manos de B») o por el número de la habitación que ocupan (Mi amigo el 52 dice que soy una romántica y una soñadora... La señorita del 40 sigue reposando en su otra vez solitaria *chaise-longue*...). Una obra magistral que en su día fue desaconsejada en aquellos sanatorios y por la que el autor pidió «perdón por disfrazar la ternura de crueldad».

Cela publicó en 1944 *Nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo de Tormes*, una excelente novela con un pícaro del siglo XX como protagonista. Un pícaro maltratado por la vida como su antecesor del XVI, que escribe su autobiografía: «A mi madre no la conocí de vista, aunque sí de oídas y abundantemente, y ahora pienso que para saber de ella las cosas que supe, más me hubiera valido ignorarlas». Un nuevo Lázaro «amante de la naturaleza... y de los ríos rumorosos llenos de sabrosas truchas», pero ahora más preocupado por andar libre que por el hambre, aunque acabe como soldado al servicio del Estado en un cuartel. Un pícaro pobre («robar y gastar es lo que deja: pobreza y amargor») que al final de sus días recuerda: «Si no acabé rico como mi abuelo, soltero me conservo, y libre así del pecado que le atribuyen. Vaya lo uno por lo otro. Si estas páginas son a veces amargas, piénsese que las escribo ya viejo y sin recursos; que para mí se me hace que la falta de bienes tanto llega a envejecer como la sobra de años»).

En ese mismo 1944, Cela se casó con Rosario Conde Picavea (1915-2003), maestra de escuela y que trabajaba como mecanógrafa en las oficinas del Sindicato del Metal. Aunque él afirmó que había sido un matrimonio «de conveniencia», no es seguro que fuera así, al menos por parte de la esposa. Con paciencia y tacto fue capaz de sobrellevar las frecuentes infidelidades de un hombre con frecuencia insoportable, a la vez que descifraba y ordenaba sus escritos, siempre a tinta, con letra mínima y abundancia de tachones. Fueron a vivir al nº 185 de la calle de Alcalá y en 1946 tuvieron un hijo, Camilo José, hoy profesor de la Universidad de las Islas Baleares.

Aunque lo había escrito en 1936, Cela publicó en 1945 su primer librito de poesía: *Pisando la dudosa luz del día*, título que tomó de un verso de la «Fábula de Polifemo y Galatea», de Góngora. Ahí, además de los poemas *Oración del solitario*, *T.V.*, e *Himno a la muerte*, incluyó una bella dedicatoria: «... a los muchachos que escriben versos a los veinte años, los copian cuidadosamente en el mejor papel y los encuadernan luego

con primor: preocupadamente, obstinadamente. Hacia ellos está inclinada mi mejor y mi más sincera simpatía».

El bonito crimen del carabinero y otras invenciones, una truculenta novela corta y varios relatos, vio la luz en 1947; y *Viaje a la Alcarria*, uno de los más hondos y originales libros de este tipo, en 1948. Con las notas tomadas sobre la marcha, lo escribió entre el 25 y el 31 de diciembre de 1947, «para ponerle el punto y final el 1 de enero de 1948 y poder entregárselo, sin incumplir el contrato que con él tenía firmado, con su primer editor: Revista de Occidente». Lo dedicó a Gregorio Marañón, regresado del exilio en 1943: «Estoy en deuda con usted... Yo le dedico mi Viaje a la Alcarria porque sé que es usted aficionado a los libros de viajes. La Alcarria es un hermoso país... este libro no es una novela, sino más bien una geografía...». Un libro cuyo capítulo V (*Del Tajuña al Cifuentes*) queda en la memoria del lector: «Se está fresco, sentado al borde de la carretera, a la sombra de un olmo, después de un día caluroso... Por la cuesta abajo viene, con calma, distraídamente, un hombre que camina detrás de un burro... A la entrada del pueblo, cerca del río, está la albardería del Rata, un taller pequeño, abigarrado, lleno de encanto... Un niño enfermo lee, sentado al sol, los cuentos de Andersen en un libro hermoso, encuadernado en cartoné. Cuando pasa el viajero, levanta la cabeza y mira. Es un niño moreno, de pelo rizo, con los ojos oscuros, la tez pálida y la sonrisa elegante, prematuramente amarga. Está baldado de cintura abajo, sentado siempre en su silloncito de mimbre... La noche cae con bastante rapidez sobre Cifuentes... El viajero piensa que mañana será otro día».

7. Calle de Ríos Rosas

En 1949, Cela se trasladó con su mujer y su hijo a vivir a un piso en el nº 54 de la calle Ríos Rosas, donde residió hasta 1954. Allí tuvo como vecinos a César González Ruano (1903-1965) y al pintor Manuel Viola (1916-1987) y en ella escribió *El gallego y su cuadrilla y otros apuntes carpetovetónicos*, espléndidos relatos publicados en 1949. En *El gallego...* debió recordar su aciaga experiencia taurina una tarde del verano del 48 en la plaza de Cebros, en la que sufrió varios revolcones y las iras del respetable cuando asestó una estocada traperera en la barriga al astado, finalmente muerto a tiros por la Guardia Civil. No obstante, en el prólogo explicó que un «apunte carpetovetónico» no es un artículo ni un cuento, que no precisa tener principio ni fin y que la literatura española «ignora el equilibrio, y pendula, violentamente de la mística a la escatología». Por cierto, el libro y su título, un apunte sobre un torerillo que se queda en camiseta «porque en camiseta torea mejor...» y que a punto está de ser despenado por un toro, tuvo problemas con la censura, acaso porque el censor tuvo muy presente el lugar de nacimiento de quien era entonces el Jefe del Estado.

Por otra parte, por entonces (1949) escribió el guión de *El sótano*, película de Jaime de Mayora, en la que hacía el papel de un encorbatado «físico escéptico» y jugador de ajedrez. Al parecer, su actuación no fue brillante, porque durante el estreno en el

Coliseum sus apariciones fueron saludadas con silbidos. La crítica periodística también fue inclemente, lo que dio lugar a que Millán Astray le escribiera una carta alentadora, «de legionario a legionario», porque, según el militar, «el público está lleno de cabritos en esencia, presencia y potencia, que acaban siendo cabrones».

Pero, sobre todo, en aquella casa terminó de escribir la novela que le encumbró: *La colmena*. Una novela redonda que en algún momento nos recuerda a Valle Inclán, Baroja, Faulkner o John Dos Passos, que vio la luz en 1951 en Buenos Aires y que debió esperar hasta 1963 para ser publicada en España. (El censor consideró que «atacaba el dogma y la moral» y, todo un lince, que «carecía de valor literario»). Una obra compuesta con antihéroes y cuyo protagonista quizá sea el triste y cutre Madrid de la posguerra. Un panal con un sinfín de personajes que sobreviven, vegetan, enferman, temen, gozan, anhelan, sufren, esperan, languidecen y desesperan inmersos en sus mil pequeñas historias. Unos personajes por los que el autor deja traslucir su compasión y en los que late, agazapada e inexorable, la vida en una ciudad doblada por la guerra.

Cela conoció bien los cafés madrileños, como el Europeo, en el nº 1 de la glorieta de Bilbao, en los bajos del hoy Edificio Banesto y que cumplió con la máxima de González Ruano de «los cafés mueren de cornadas de bancos»; el Comercial, que aún sobrevive en la misma glorieta; o el Café de Gijón, en el Paseo del Prado. Cafés en los que al entrar no nos sorprendería ver al aterido poeta Martín Marco, a la tiránica doña Rosa, a la derrotada señorita Elvira, a Padilla, el cerillero o, quién sabe, si a don Ibrahim Estolaza y Bofarull pronunciando, otra vez, su discurso sobre la usucapión.

Por cierto, un día, desesperado porque no avanzaba en su desarrollo, Cela arrojó el manuscrito al fuego y Rosario, atenta, lo rescató de entre las llamas.

Obra clásica desde muy pronto, *La colmena* no sólo significó su consagración literaria y un alivio económico, sino que, además, probablemente le sirvió para quitarse de encima el gran peso de Pascual Duarte. Pero, el haber burlado a la censura a través de Argentina, también le valió para que los envidiosos, incapaces de parar lo imparables, se desquitaran expulsándole de la Asociación de la Prensa de Madrid y prohibiendo que su nombre apareciera en los periódicos.

En 1952, siguió publicando relatos que agrupó en *Timoteo el incomprendido* y *Santa Balbina 37, gas en cada piso*, textos cortos que llevan su sello, y dos libros de viajes: *Del Miño al Bidasoa* y el breve, íntimo e inolvidable *Cuaderno del Guadarrama* («El vagabundo, sentado más allá del paciente pino verdinegro, piensa que la gramática es la llamita ardiendo que cae, graciosamente, misteriosamente, mágicamente, sobre la lengua y el mirar de algunos hombres...»).

Baraja de invenciones y *Café de aristas*, dos libros de relatos cortos, salieron de las prensas en 1953, año en el que también apareció la obra que con muchas dudas podemos llamar novela: *Mrs. Caldwell habla con su hijo*; suma de páginas, cartas y líneas inconexas, enfermizas, doloridas y poéticas que una mujer envía al recuerdo de su hijo, marinero ahogado en el Egeo. Una mujer enamorada, huérfana y a la vez viuda de su hijo.

8. *La catira*

Cela ya era conocido a ambas orillas del Atlántico y en diciembre de 1952 fue invitado por la Asociación de Periodistas Chilenos a participar en el Congreso Internacional de Prensa que se celebró en Santiago de Chile. Las cuatro conferencias que pronunció y sus entrevistas en la radio tuvieron éxito, hasta el punto de ser elegido para pronunciar el discurso de clausura ante el Presidente de la República. En mayo de 1953 volvió a América, invitado por los Círculos Gallegos de Bogotá, Quito y Caracas.

En Caracas se encontró un país rico con un presidente, Marcos Pérez Jiménez, que había derrocado por la fuerza al gobierno del político-novelistas Rómulo Gallegos y necesitaba lavar su imagen. Para ello había pensado encargar «una novela venezolana» a un escritor consagrado como Hemingway o el propio Cela. El idioma común y que el de Iria Flavia estuviera en el lugar y momento oportuno, llevó a que fuera él quien recibiera el encargo junto con un cheque de 60.000 dólares (unos tres millones de pesetas, cifra enorme para la época) a percibir en dos partes: al firmar el compromiso y al entregar la novela.

Así escribió *La catira* (*catire-a*: rubio-a / pelirrojo-a de ojos verdosos, hijo-a de blanco y mulata o viceversa), novela con un roqueño personaje femenino a cuyo alrededor gira la acción y que le debió ser difícil de construir ya que utilizó sólo venezolanismos. La publicó en 1955 y por ella recibió el premio de la Asociación Española de Críticos Literarios.

Sin embargo, tal vez fue por otro motivo por lo que recordaría esa obra ya que, al recibir el anticipo, decidió celebrarlo yendo con Rosario y unos amigos, entre los que estaba el poeta José Manuel Caballero Bonald, a una sala de fiestas próxima a la Gran Vía. Parece ser que uno de los artistas disfrazado de legionario empezó a hacer gracias mientras se contoneaba, y Cela, animado por el rioja, le interpeló con el sonoro apelativo de «¡maricón!» El artista tuvo algún valedor, subió el tono de los calificativos y se armó la marimorena. Alguno salió descalabrado, hubo destrozos y en el tumulto Cela recibió un navajazo en la nalga izquierda en el que no reparó hasta una vez terminada la refriega, camino de la comisaría. La herida, profunda, se infectó y desde entonces precisó más de veinte cirugías para drenar los abscesos locales que se le reprodujeron a lo largo de la vida. (Los dueños del local no llegaron a denunciarle porque un abogado amigo del escritor les hizo saber que éste poseía un certificado médico que acreditaba que tenía un trozo de metralla en el cerebro «por lo que no era responsable de sus actos»).

9. Mallorca

Desde finales de los años cuarenta los veraneos se habían limitado a Cebrenos y Cedilla, pueblos próximos a Madrid y cuyos alrededores Cela recorrió de arriba abajo. Se relacionó con los lugareños, ya que siempre le gustó pegar hebra con las gentes del

común, los pastores, los marginados y escuchar sus cuitas. Le interesaba todo lo humano y caminar todos los caminos, porque todo le era interesante y útil para su obra.

La mejora económica permitió al matrimonio viajar a Mallorca a finales de 1954. Alquilaron una casa en La Gola, en el norte de la isla y allí, por las noches, como siempre, con una pluma estilográfica que mojaba en el tintero (no la recargaba para no perder tiempo), terminó de escribir *La catira*. Volvió a Caracas, cobró y regresó.

Alquilaron una casa en el barrio de Son Armadans, en Pollensa, pero pronto se trasladaron a otra más grande, próxima al puerto de Palma. Tuvieron una intensa vida social relacionándose con los notables del lugar y organizando conferencias en su casa con oradores como Ana María Matute, Blas de Otero o el novelista Lorenzo Villalonga.

Cela hizo nacer allí una gran revista de pensamiento: *Papeles de Son Armadans*. Una revista mensual cuya redacción e imprenta estaba en su domicilio y en la que a lo largo de 276 números, desde abril de 1956 hasta marzo de 1979, escribieron más de mil autores sobre literatura, lingüística, historia, pintura, filosofía, geografía, derecho, teología y ciencias, en castellano, catalán, gallego o inglés. Y así, en ella leemos páginas de Aleixandre, Alberti, Baroja, Marañón, Celaya, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Américo Castro, Joan Miró, Picasso, Ridruejo, Celso Emilio Ferreiro, Aranguren, Caballero Bonald, Azorín, Josep Pla, Ignacio Aldecoa, Carles Riba, José García Nieto, Salvador Espriu, Max Aub, María Zambrano, Ezra Pound, Miguel Ángel Asturias, William Burroughs, Ernesto Sábato, Tuñón de Lara, Robert Graves, José Hierro u Octavio Paz, por recordar sólo una mínima parte de la excelsa nómina.

Tal vez para protegerse de la censura, puntualizó en el primer número: «*Papeles de Son Armadans* no es, no quiere ser, una revista de combate, sino más bien todo lo contrario: una tímida y quizás orgullosa revista de literatura y pensamiento, términos tan manidos como eficaces...».

También en 1956 alumbró *El molino de viento y otras novelas cortas* y un magnífico libro de viajes, *Judíos, moros y cristianos*, en cuyo prólogo leemos: «El vagabundo, que se ha caminado Castilla y que, si sus fuerzas se lo permiten, piensa seguir haciéndolo, no cree que estas páginas puedan comenzarse bajo otro signo que el de la humilde paciencia, bajo otra estrella que la de la más limpia sencillez y la más deliberada y sangrante renunciación». Un libro, en el que allá por el capítulo VI escribió: «Al vagabundo, que ama a España sobre todas las cosas, le duele ver que a España, desde hace trescientos o cuatrocientos años, se la vienen merendando, sin tregua ni piedad, la estulticia, la soberbia y la socarronería: ese gorgojo de tres patas que pudre las almas en las que hace su nido».

Pero en su fuero interno necesitaba el reconocimiento oficial y desde años antes había cultivado la relación con Marañón. De ella se conserva un extenso epistolario en el que vemos a un Cela humilde y elogioso hasta el empalago ante quien iba a proponerle para el ingreso en la Real Academia. De tal forma, cuando se produjo la oportuna vacante, en febrero de 1957 Cela fue admitido por unanimidad en la «docta casa». En mayo leyó su espléndido discurso de presentación, *La obra literaria del pintor José Gutiérrez Solana*, y fue respondido por Gregorio Marañón.

10. Y siguió a lo suyo: vivir y escribir

Oficialmente ya era inmortal; pero no se durmió. Además de mantener la publicación de *Papeles...*, con la colaboración de Caballero Bonald como secretario-subdirector, siguió creando novelas cortas y relatos plenos de imaginación como *Nuevo retablo de don Cristobita* (1957), *Historias de España. Los ciegos. Los tontos* (1958) y *Los viejos amigos* (1960). Y, junto a esos relatos, en 1959 dio a la luz el magistral *Primer viaje andaluz*: «A las cuatro dadas del nuevo día, con los primeros albores pintando de color violeta el cielo de por encima de los montes de levante, el vagabundo se echó al camino a respirar y andar, que es buen oficio... El vagabundo está alegre y en su corazón, como en la tripa de los organillos, se aprietan los jaraneros compases que saltan, tintineando su tintirintín, no más se les anima...».

Todo ello antes de publicar *Tobogán de hambrientos* (1962), quinientas páginas en las que explicó su idea sobre la novela y la literatura y volvió a utilizar un sinfín de personajes desgraciados: «Si supiera qué cosa es la novela, podría argumentar aquí el porqué estas páginas son —o distan mucho de ser— una novela... Sólo una cosa sé: la literatura es la vida misma, no ya su crónica artística o emocionada... El Espartero, aunque fue aquel que dijo que más cornás da el hambre, no era un muñeco hambriento, un cristobita hambriento, sino un hombre que, echándole pelotas al asunto, peleó contra los toros y el hambre y no lo mató el hambre, pero sí un toro. Manuel García, el Espartero, no hubiera cabido en este censo de malaventurados: Manuel García, el Espartero, fue un hombre —casi con hache mayúscula— y aquí sólo se habla de exhombres y de fantasmas...».

Fruto de su amistad con Picasso, al que visitó varias veces en su villataller *La Californie*, en Cannes, fue la surrealista *Gavilla de fábulas sin amor* que incorporaba 32 dibujos



Figura 4.—Portada de «La colmena» (Círculo de Lectores, ilustración de Lorenzo Goñi, 1989).



Figura 5.—Estatua de Camilo José Cela en Padrón (La Coruña) realizada por el escultor Manuel Ferreiro Badía (Luis Miguel Bugallo Sánchez, cortesía de Wikipedia).

del pintor. Prohibida por la censura, vio la luz en 1962 gracias a la intercesión de un agustino de El Escorial amigo suyo (que certificó que no atacaba al dogma católico) y a que una oportuna crisis de Gobierno llevó a Manuel Fraga al Ministerio de Información.

En 1963 publicó *Toreo de salón*, reflexiones sobre 25 fotografías de motivos taurinos en los que mostró su imaginación portentosa («Uno se santigua, sale a hacer el paseíllo y saluda a la presidencia. El toro sale de fresco y no se anda con coñas: ni se santigua, ni hace el paseíllo, ni saluda. El toro es un animal serio y que va a lo suyo...».)

Izas, rabizas y colipoterras (1964) es obra más dramática que jocosa con 31 fotografías de Juan Colom en la que leemos: «Los tacones de la mujer retumban, en la noche, igual que prometedores augurios, igual que anhelantes llamadas de socorro. El hombre se siente solo en la noche y la mujer, pese a la compañía, también se sabe sola y sin remisión ni rescate posible. No; no es cierto que la noche se haya hecho para amar: en la noche se ama no más que para huir del yermo desierto de las horas que el corazón pintan de negro».

11. Viaje a EEUU, arrobos y más obras

En 1964 Cela viajó a EEUU, donde pasó ochenta días en compañía de su amigo y gran poeta José García Nieto. En español, porque nunca supo inglés, pronunció conferencias sobre sus obras y los «mandamientos del escritor: la soledad, la verdad, la libertad, la venganza, la independencia, la esperanza y las servidumbres», en treinta y siete universidades (Columbia, Yale, John's Hopkins, Princeton, Harvard, Dartmouth College...) y recibió el doctorado *honoris causa* en Letras por la Universidad de Siracusa (N.Y.).

También en el 64 se trasladó a vivir a una gran casa (900 metros cuadrados en tres plantas) que se había hecho construir en La Bonanova mirando a la bahía de Palma y a la que trasladó su biblioteca de más de 20.000 volúmenes junto con la Redacción, imprenta y archivos de los *Papeles de Son Armadans*.

Gozaba del éxito, tenía secretaria, chófer, criada y cocinera, era invitado a las mejores mesas, recibía visitas ilustres, escribía no menos de doce horas al día, sufría por los abscesos en la nalga, llegó a pesar 115 kilos... y ese mismo año fundó, con sus hermanos Juan Carlos y Jorge, Ediciones Alfaguara.

Sobre notas tomadas a pie del camino años atrás, en 1965 publicó dos nuevos libros de viajes: *Páginas de geografía errabunda*, (por los caminos de *Castilla con Salamanca, Galicia y una asomada a Asturias, Viaje a Extremadura y noticia andaluza y catalana y Notas para un segundo viaje andaluz*) y *Viaje al Pirineo de Lérida*, un libro hondo en el que nos dice: «El viajero... por el camino fue recogiendo y guardando flores y apuntando en un cuaderno y con buena letra las incidencias del viaje: aquí se come bien; esta moza debe tener las carnes prietas y aromáticas... El viajero no teme a la vejez, aún lejana, y menos a la muerte, que nadie sabe a qué distancia está. Al viajero, en cambio, le asusta el pensamiento de llegar a perder los arrostros de tierna bestezuela que siempre tuvo... A las puertas aún de Esterri se le pegó al viajero un perrillo sin amo, un mil leches sentimental, peludo y pícaro, que probablemente tuvo un bisabuelo setter y distinguido... El chucho de Esterri se presentó meneando la cola, en señal de paz...».

12. *San Camilo, 1936*

Si *La Colmena* es su gran obra de la posguerra, *San Camilo, 1936*, publicada en 1969, es la gran novela de la inmediata preguerra en Madrid. La dedicó «A los mozos del reemplazo del 37, todos perdedores de algo: de la vida, de la libertad, de la ilusión, de la esperanza, de la decencia. Y no a los aventureros foráneos, fascistas y marxistas que se hartaron de matar españoles como conejos y a quienes nadie había dado vela en nuestro propio entierro». Una dedicatoria imperdonable para los fanáticos de todos los colores.

Cela, mozo del reemplazo del 37 y herido de guerra, sabía de lo que escribía y en esta obra literariamente perfecta, también sin protagonistas, contó lo que vio y fijó:

«Es fácil convertir a un mozo en asesino, también es fácil hacer de él un buen torturador, un buen esbirro, basta con que alguien más fuerte sepa sonreírle a tiempo, como induciéndole a sentirse maduro (o histórico o mesiánico, es igual)... tú fuiste a la dominical tertulia de María Zambrano llevado por tu médico Carlos Díaz Fernández, cuñado de María, que te pone el neumotórax... La política no es la ciencia de machacar al enemigo como si fuera un diente de ajo en un almirez... sino el arte de serenar los nervios de todos, amigos y enemigos, para que la vida siga corriendo sin mayores agobios ni más goteras de las precisas... a España le sobran redentores y magos... Los traperos se marchan hacia Madrid van dando cabezadas en sus carros sin salirse de la fila, las criaturas duermen dentro de una sera de esparto o sobre unas mantas ... vive para amar y ama para seguir viviendo, sé humilde en todo y con todos, también contigo mismo... el amor y la humildad son las dos fuentes del bien... pero no dejes nunca de ser cachondo, sobrino... no seas cruel nunca, sobrino... te aseguro que importa menos el sufrimiento que la conducta, vayámonos a dormir, debe ser ya muy tarde y el corazón se fatiga de tanta necesidad».

13. Más obras y una vieja carta

Pero su tintero no estaba agotado. Sin ser exhaustivos, recordamos el muy trabajado *Diccionario secreto* (tomos 1 [1968] y 2 [1971]), gran diccionario de autoridades en cuyo preámbulo recordó que «[L]o que se veta no es la idea sino, simplemente, la palabra» y que «los legítimos sinónimos son poquísimos»; o el *Diccionario del erotismo* (tomos 1 [1976] y 2 [1982]), en el que observó que «los pecados que resultan parientes del marqués de Sade o del doctor Masoch sólo se reparan en el diván del psiquiatra», mientras que «los pecados jolgoriosos y tumultuarios, los saludables pecados alegres y montaraces, a lo mejor, hilando muy delgado, hasta son una llamada a la vida sencilla y patriarcal»; libros espléndidos, como *Fotografías al minuto* (1972), páginas escritas sobre 64 instantáneas de Enrique Palazuelo que nos llevan a reflexionar sobre el Madrid de mitad del siglo XX; recopilaciones de artículos, como *La bola del mundo* (1972) o *Vuelta de hoja* (1976); obras extrañas o sencillamente incomprensibles como *Oficio de tinieblas, 5*, (1973), 1194 líneas y/o párrafos inconexos y sin puntuación, que él mismo reconoció que «esto no es una novela, sino una purga de mi corazón»; más libros de viajes, como *Balada del vagabundo sin suerte y otros papeles volanderos* (1973); o sorprendentes, como *Rol de cornudos* (1976), pleno de erudición y humor de la A (*cornudo abanderado*. Aquel a quien le brilla el cornaje con rutilante brillar... es especie patriota y de espléndida figura), a la Z (*cornudo zurupeto*. Cornudo notarial rústico. Es especie litigante que procede por filias y fobias. Su muerte... suele salir en la página de sucesos).

En 1974, Cela fue nombrado presidente del Ateneo de Madrid por Ricardo de la Cierva, pero no llegó a tomar posesión como protesta por el fusilamiento del anarquista Salvador Puig Antich el 2 de marzo de ese año. La publicidad de su negativa



Figura 6.—Portada de «Mazurca para dos muertos» (Editorial Seix Barral, 1983).

llevó a que sus «amigos» de la Prensa del Movimiento aventaran la carta que en 1938 había enviado al «Comisario General de Investigación y Vigilancia» en la que se ofrecía como delator de izquierdistas. La carta salió en *The Guardian* y se reprodujo, y aún se reproduce con cierta frecuencia, en periódicos y libros españoles.

En *Los vasos comunicantes* (1981) compendió artículos y conferencias, desde una erudita *Teoría del lenguaje*, a un apunte sobre los *Libros de viajes*, pasando por un *Recuerdo de don Pío Baroja* y un capítulo cuya lectura sería recomendable a todos los políticos, docentes, clérigos, escritores, científicos y periodistas de nuestro país: *Sobre España, los españoles y lo español*. En esta conferencia, publicada en los Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (París; 1959), repasó nuestros denominadores comunes: la envidia, la «postura a la contra», el clericalismo y el anticlericalismo que «no son sino el haz y el envés de la moneda en la

que el más hondo sentido religioso queda un tanto al margen de la cuestión»; observó que «en España, las minorías selectas jamás influyeron sobre el pueblo, sino sobre el poder», y recordó cómo «Ruiz Zorrilla, político del siglo XIX, dividía a los españoles en dos grandes grupos: el de que todos lo esperan del milagro y el de quienes todo lo aguardan de la lotería».

14. *Mazurca para dos muertos*

En 1983, Cela volvió a la Guerra Civil con *Mazurca para dos muertos*, gran novela circunscrita a Galicia. Con sus recursos habituales de multitud de personajes (472), todas las profesiones, los lupanares, los faltos, los marginados, los dramas, los ins-

tintos, las perversiones, la barbarie, los animales, la naturaleza y el paisaje, compuso una obra maestra sobre una venganza: «En el cementerio brota el manantial de agua clara que lava los huesos de los muertos, también el hígado extrañamente frío de los muertos; le llaman la fuente del Mianguero y en ella se mojan las carnes los leprosos, para encontrar alivio. El mirlo canta en el mismo ciprés en el que de noche entona su solitario lamento el ruiseñor... En Orense, en casa de la Parrocha hay un acordeonista ciego... Gaudencio Beira fue seminarista, lo echaron del seminario cuando encegueció, se conoce que no querían cargas de caridad... Gaudencio, en la casa de putas donde se gana la vida, ejecuta un repertorio de piezas bastante variado, pero hay una mazurca, *Ma petite Marianne*, que sólo la tocó dos veces, en noviembre de 1936, cuando mataron a Afouto, y en enero de 1940, cuando mataron a Moucho. No quiso volver a tocarla nunca más...».

15. Viajes, más obras, diverticulitis y segunda boda

Cela viajó a Londres en 1974 invitado por su amigo el gallego y embajador Manuel Fraga, para pronunciar una conferencia en el Instituto de España. El tema, otra vez, fue: *España, los españoles y lo español*. Asimismo, en 1980 acudió a Puerto Rico, en cuya Universidad fue investido doctor *honoris causa*; en 1981 volvió a EEUU, pronunciando conferencias en Miami, Nueva Orleans, Austin, Arizona y Los Ángeles; en 1984 a Roma, y en 1990 a Lima y Santo Domingo.

En 1981 recopiló cuentos en *La dama pájara* y en 1986 aún dio a la luz otro libro de viajes, *Nuevo viaje a la Alcarria*, esta vez en coche y en cuyo prólogo volvió a recordar a Marañón: «... estoy gastando de mis setenta años, tres menos de los que usted tenía cuando su muerte. No me parece, sin embargo, haber menguado mucho..., eso sí, engordé cuarenta quilos largos, y estoy fondón...» Un libro en el que apuntó: «La únicas instituciones de las que el escritor no reniega, quizá porque aún no le escarmentaron, son la literatura, la libertad, la amistad y el manso y deleitoso rijo, cada una a su debido tiempo y por su orden... El viajero está más solo que la una pero esa sensación no le molesta; hace ya muchos años que el viajero sabe que la soledad es el precio de alguna que otra cosa: la independencia, la paz con uno mismo, el corte de mangas al purgatorio...».

Alumbró en 1988 *Cristo versus Arizona*, novela otra vez sin apenas puntos, a ratos surrealista y con una noria de personajes, basada en el célebre duelo que el 26 de noviembre de 1881 hubo en el corral O.K. en Tombstone (Arizona) y en notas de su viaje: «...mi padre era dueño de un caimán domado... un caimán que hablaba varias lenguas, inglés, español, también imitaba el relincho del caballo y recitaba poesías... el periódico de Tomistón se llama *The Thomstone Epitaph*, Tombstone no quiere decir tumba de piedra sino piedra de tumba, lápida mortuoria, algunos traducen al revés, Tomstone queda en el condado de Cochise... en Tomistón se vive al lado de la muerte... en la vida se presentan muchas ocasiones de segar la vida a los demás pero no

debe empezarse demasiado temprano... a Wyatt Erp le llamaban el León de Tomistón, libró la vida en el corral O.K. y murió al cabo de los años...».

Por otra parte, en 1985 conoció a Marina Castaño, periodista gallega de 28 años con la que, tras divorciarse de Rosario Conde en 1988, se casó tres años después.

Y, entre medias, a finales de 1987 fue operado en Palma de una presunta apendicitis, precisando dos meses después otra cirugía en Madrid por una diverticulitis perforada.

16. «El premio»; recuerdo de Baroja; Fundación; *El camaleón soltero*

En octubre de 1989, quizá cuando ya no lo esperaba, recibió el galardón por el que había trabajado toda su vida: la Fundación Nobel, «*for a rich and intensive prose, which restrained compassion forms a challenging vision of man's vulnerability*», le otorgaba el Premio Nobel de Literatura.

El 10 de diciembre, en la Sala de Conciertos de Estocolmo, Cela pronunció ante la Academia Sueca el discurso *Elogio de la fábula*. Lo comenzó con un recuerdo: «Mi viejo amigo y maestro Pío Baroja tenía un reloj de pared en cuya esfera lucían unas palabras aleccionadoras, un lema estremecedor que señalaba el paso de las horas: todas hieren, la última mata...». (Por cierto, una buena parte de aquel discurso ya figuraba con el título de *Teoría de la lengua en Los vasos comunicantes*).

Ese galardón eclipsó todos los honores y premios recibidos, tanto pasados (de la Crítica, Nacional de Narrativa, Sant Jordi, Príncipe de Asturias), como futuros (Mariano de Cavia de Periodismo [1992] y Cervantes [1995]).

Siempre defendió a Baroja, como cuando escribió: «En el *Blanco y Negro* republicano se dice que Baroja, que había sido un gran demoleedor, comulga hoy con los requetés; esto no es cierto ya que a Baroja, de no haber sido por la oportuna intervención del Duque de la Torre, lo hubieran asesinado los carlistas azuzados por los jesuitas; véase como lo trata y lo que de él dice el P. Garmendia de Otaola, S.J., en su libro *Lecturas buenas y malas a la luz del dogma y de la moral*, que es un completo paradigma de falacias».

También en 1989 empezó su colaboración en *El Independiente*, de Madrid, con apuntes titulados *El camaleón soltero*; y, cuando ese diario tuvo que cerrar, el 31 de octubre de 1991 escribió una bella despedida. La tituló *Nenia por unas páginas tristes*: «Cuesta no poco trabajo decirlo pero es preferible morir a malvivir, o vivir de precario, o vivir de prestado, o vivir de caridad, o vivir rebozado en la ignominia. Estos —y aún otros— son los naipes de la independencia...».

Por otra parte, en 1991 se inauguró el primero de los edificios de su Fundación en las «Casas de los Canónigos», frente a la Colegiata de Adina, en Iria Flavia. Ahí están los 40.000 libros de su biblioteca, primeras ediciones de sus obras, cientos de cuadros, periódicos, cartas, fichas, apuntes, calendarios, esquelas, programas, santorales, medallas, su colección de orinales e infinidad de objetos que guardó a lo largo de su vida.

17. Guadalajara

Cela y Marina fueron a vivir a Guadalajara, donde compró una casa en El Espinar. Allí escribió cuatro obras: *Desde el palomar de Hita* (1991), que tiene algo de crónica, de textos inconexos y buena parte de memorias; una obra jocosa, *Cachondeos, escarceos y otros meneos* (1991); la segunda parte de sus memorias: *Memorias, entendimientos y voluntades* (1993) y su penúltima novela: *El asesinato del perdedor* (1993).

En *Desde el palomar...* recordó que «La gran equivocación que cometí en mi vida fue la de trabajar sin darme un punto de descanso en un país como el nuestro en el que se fomenta la holganza y se celebra holgando hasta la efeméride de la fiesta del trabajo... sigo pensando que el hombre sólo puede salvarse por la imaginación, la austeridad y el trabajo».

En *Cachondeos...* incluyó un «vocabulario secreto» y recopiló historias de contenido sicalíptico: «[E]n noviembre del año pasado me topé, en la madrileña glorieta de Quevedo, con una manifestación feminista en la que uno de los pareados que todos coreaban con mayor entusiasmo era: *Un polvo bien echado, jamás será olvidado*. A mí me parece que aquellas mozas tenían razón sobrada y con algunas de ellas bien parecidas...».

Memorias..., además de autobiografía, compendia su visión del mundo que le tocó vivir. Desde la Iglesia («perdió una ocasión histórica, la de poner la otra mejilla y predicar la fe, esperanza y caridad, o lo que es lo mismo, moderación, serenidad y templanza, no obstante recibir en sus carnes golpes muy crueles»); las ideas políticas («A mí me parece que la izquierda española tiene ideas políticas literarias —la derecha las suele tener históricas—); los políticos («Besteiro se portó mejor que Azaña —y mejor que nadie— y tuvo una actitud muy digna y ejemplar, Franco no quiso o no supo ser generoso con él y desaprovechó una magnífica ocasión política... Franco era muy proclive a dejarse mecer en las anestésicas hamacas de la adulación»); los nazis («por entonces, los alemanes prohíben ejercer su oficio a los dentistas, los albéitares y a los boticarios judíos; tampoco se les permite asistir a los espectáculos, los conciertos y las exposiciones; esto no era ni más ni menos que el prólogo de las cámaras de gas. Ahora son ecologistas y se espantan de las corridas de toros»); los españoles («a mí me parece que la más burda e inmediata propaganda tiene éxito porque la gente está deseando que la hagan comulgar con ruedas de molino... los que más envidian son los vecinos y los conocidos»); hasta los nacionalismos («como las religiones y los entendimientos mesiánicos de la política, son substancia de efervescencia continuada, o sea están desprendiendo burbujas gaseosas sin darse un punto de descanso...»).

El asesinato del perdedor es otra gran novela basada en un hecho real: el suicidio de un joven, encarcelado por un motivo nimio por orden de un juez insensato. Una novela cuya lectura sería aconsejable en las facultades de Derecho y obligada para aquellos practicantes de esa labor tan difícil y con frecuencia sobrehumana como es la de juzgar al prójimo. Aquí, Cela escribió: «Es muy peligroso que los jueces sean

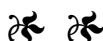
jóvenes e ilusos, un juez debe ser sereno, viejo y escéptico ya que la justicia no tiene por misión arreglar el mundo sino evitar que se deteriore más, con eso basta. Cuando un juez se siente depositario de los valores morales de la sociedad, la justicia se resiente y cruje. Si un juez piensa que la lujuria es más peligrosa que la ira, debe ser cesado sin formación de causa... Mateo Ruecas apareció ahorcado del dintel de la puerta de la cuadra... el padre descubrió el cadáver del hijo, le espantó las moscas de los ojos y se los cerró, después enterraron el cadáver del perdedor que se colgó porque en su alma cagó su freza el pez espada del miedo, del hombre al que no hizo falta asesinar: bastó con empujarle».

18. Madrid, imán y fin

En 1996 volvió a Madrid, a la zona de Puerta de Hierro, donde creó con Marina un par de sociedades con fines fiscales y donde completó el primer tomo de un proyecto concebido tiempo atrás: el *Diccionario Geográfico Popular de España* (1998). Cela pensó recopilar los «dictados tópicos», es decir, los apodos, motes y gentilicios de los pueblos de España. Gracias a la colaboración de los carteros, que le enviaron esos datos a Palma de Mallorca, llegó a guardar más de 30.000 fichas. La obra quedó inconclusa pero, en las últimas páginas, precisó, si antes no lo hubiera hecho cien veces, su pensamiento: «... pienso que el trabajo en equipo suele ser la muleta de la mediocridad compartida y la patente de corso de la holganza. Las dos moralejas de la fábula de la esterilizadora utopía pudieran formularse así: los unos por los otros y la casa sin barrer, y fomentemos el ocio que nos regale más tiempo para embrutecernos y envidiar y odiar; nótese que se odia y se envidia no más que lo inalcanzable... Proclamo una vez más mi vieja idea de que las asociaciones, las congregaciones, las procesiones, las manifestaciones, los sindicatos y las sociedades de seguros mutuos no son sino las venenosas y castradoras rémoras de la salud del individuo y de la lozanía del espíritu...».

Y en Puerta de Hierro acabó su última obra grande: *Madera de boj* (1999). En ella su pluma volvió a Galicia, esta vez a Finisterre, para componer una sinfonía de mil historias intercaladas con apuntes de naufragios en aquellas aguas traicioneras: «... La mar no se paró nunca desde que Dios inventó el tiempo hace ya todos los años del mundo, Dios inventó el mundo al mismo tiempo que el tiempo, la mar no se cansa nunca, el tiempo no se cansa nunca... don Saturnino Losada era un viejo capitán de cargo ya retirado que se sabía esta costa como nadie, la conocía de memoria y la tenía dibujada con mucho detalle en unos cuadernos, desde Malpica hasta la punta Barreiro, donde dobla la ría de Muros... Tristán Tembura jura por sus muertos que los fantasmas de los seis bandoleros dichos se reúnen cada último lunes de mes para hablar de sus cosas y echar una partida de cartas en la bodega del patache Simeón Gutiérrez hundido con toda su tripulación en el cabo Prioriño Chico, murieron todos y sus esqueletos siguen bajo la mar... Por Cornualles, Bretaña y Galicia pasa un camino sembrado de pepitas de oro que termina en el cielo de los marineros muertos en la mar».

En este recuerdo, por fuerza incompleto, orillamos el delicado tema de los últimos años de su relación con su primera esposa, Rosario, con su hijo, o las nieblas de su herencia. Quién sabe si fue víctima de la imagen y el entorno que se había creado o si, sencillamente, hizo como siempre: ponerse el mundo por montera, tirar por la calle de en medio y hacer su voluntad. En cualquier caso, nada de ello empaña su grandiosa obra.



Camilo José Cela Trulock murió en Madrid en la mañana del jueves 17 de enero de 2002. Su corazón de 85 años y los pulmones, dañados por la tuberculosis y el tabaco (fumó desde su infancia hasta 1978), no superaron una gripe.

Quizá fue su amigo Francisco Umbral, en un poema publicado en *El Mundo*, quien mejor atinó a precisar lo que su muerte significaba: «hoy el 98 al fin se muere».

Como había indicado, sus restos fueron llevados a Iria Flavia y su entierro, el sábado 19 por la tarde, bajo el orballo, se convirtió en un acto multitudinario. En el cementerio de Santa María de Adina, frente a su Fundación, descansan al pie de un olivo junto a los de sus abuelos, sus padres y su hermana pequeña Teresa María, la «nena» que con dos años murió cuando él tenía cinco y a la que siempre recordó.

Y es que, como había escrito allá por 1976: «La vida, la libertad, la salud y la alegría son los cuatro palos de la baraja con la que el hombre juega sabiendo que, cada baza que pierde, es de recuperación imposible o, cuando menos, difícil».



Bibliografía

- Cela CJ. Algunas inevitables palabras. Papeles de Son Armadans. 1956; 1: 3-10.
- Cela Conde CJ. Cela, mi padre. Madrid: Ediciones Temas de Hoy; 1989.
- Cela CJ. Obras completas. Barcelona: Ediciones Destino; 1990 (37 tomos).
- Cela CJ. Desde el palomar de Hita. Barcelona: Editorial Plaza y Janés; 1991.
- Cela CJ. Cachondeos, escarceos y otros meneos. Madrid: Ediciones Temas de Hoy; 1991.
- Cela CJ. El camaleón soltero. Madrid: Editorial Grupo Libro 88; 1992.
- Cela CJ. Memorias, entendimientos y voluntades. Barcelona: Editorial Plaza y Janés; 1993.
- Cela CJ. El asesinato del perdedor. Barcelona: Editorial Seix Barral; 1994.
- Cela CJ. Poesía completa. Barcelona: Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores; 1996.
- Cela CJ. Diccionario Geográfico Popular de España. Tomo I. Madrid: Editorial Noesis; 1998.
- Cela CJ. Madera de boj. Madrid: Editorial Espasa Calpe; 1999.